



Olga Inglès

Tdhf

Una aventura humanitaria

NOTA DE LA AUTORA

Estas páginas que ahora empezáis hablan de la historia de un hombre que conocí en Nepal.

Yo soy una de estas personas con una gran devoción a viajar. Una debilidad que me ha llevado a conocer muchos países, descubrir a sus gentes y acercarme a sus costumbres.

Con los años, he sentido la necesidad de compartir mis experiencias con otras personas, de poner palabra a las vivencias que han impregnado mis sentidos. I la mejor manera que he encontrado es hacerlo a través de la escritura.

Mientras preparaba mi viaje a Asia, entré en contacto con Toni, el protagonista de esta historia. Fue un contacto corto, tanto...que lo único que sabía de él es que era informático en Barcelona y que hacía unos años había dejado su tierra para iniciar una aventura humanitaria en Nepal. La cual tenía el nombre de “The direct Help Foundation” – Fundación para la ayuda directa. Un nombre un poco extraño, pensé, pero es que en aquellos momentos no era capaz de entender el verdadero significado de estas palabras.

Después de viajar un mes por la india llegué a Nepal y me dirigí a Kumary House, una casa de acogida para niños que se había convertido en el alma de la fundación, ubicada en un barrio de callejuelas estrechas en la ciudad de Katmandú. Cuando me abrieron la puerta, me encontré con un grupo de niños afectuosos y sonrientes que me daban la bienvenida.

De pronto, me encontraba en medio de una gran familia, de la cual parecía que yo hubiese formado parte de ella desde toda la vida. Tuve la sensación de que aquella puerta nunca más se cerraría.

Mis primeros días en Kumary House fueron días de largas conversaciones con Toni, conversaciones que se alargaban hasta bien entrada la noche. Entre té y cigarrillos había tiempo para todo, para historias, anécdotas, y también para ideas revolucionarias y metafísicas.

Pronto sentí como si conociese a este hombre desde hacía mucho tiempo, de hecho en pocos días ya sabía un montón de cosas sobre su vida.

Toni es un hombre a quien no le cuesta compartir, lo que sabe lo explica, y lo que cree lo transmite y lo hace con tanta facilidad y tanta pasión, que pronto se sientes formando parte de su propia lucha. O mejor dicho, pronto entiendes y te das cuenta que la lucha es de todos.

La cuestión es que después de tantas conversaciones, decidimos empezar a escribir un libro sobre la Fundación, sobre los inicios y su historia, sobre su gente y proyectos y en definitiva sobre la vida.

Con ilusión y esmero, hemos intentado explicar la historia de una aventura humanitaria, una aventura que, como todas, tienen sus noches y sus días.

Una historia que transcurre en uno de los países más pobres del mundo, lejano, donde la vida no siempre es fácil y la lucha por el progreso se hace tan necesaria como el aire que respiramos, pero donde el sol también sale cada día y nos ayuda a seguir avanzando.

Por desgracia el tiempo que hemos tenido ha sido muy escaso. Por esto hemos tenido que sintetizar al máximo nuestro relato. Por otro lado, estoy segura de que este libro se hubiese convertido en un volumen contundente, porque historias para explicar no faltan, os lo aseguro.

Es con cosas como estas, cuando te das cuentas de la gran riqueza de experiencias que todos llevamos dentro.

Cada uno de nosotros, nuestras vidas, se pueden convertir en un libro abierto, solamente nos hace falta vivir y ser conscientes de que vivimos.

Olga Inglès Garcia

Tot riu, tot verdeja i maig ja és aquí.
La casa m'ofega, sols penso en sortir
Els núvols s'enfilen i volen cap al cel
I en aquest món tan ampli corra el meu anhel

(Todo ríe, todo reverdece y mayo ya está aquí
La casa me ahoga, sólo pienso en salir
Las nubes se elevan y vuelan hacia el cielo
Y en este mundo tan grande corre mi anhelo)

Canción de cuna que me cantaba mi madre

Prólogo

Si cada uno de nosotros observa con atención lo sucedido en su vida, se dará cuenta de la existencia de ciertos momentos o hechos significativos que han hecho que su propia historia sea la que es y no otra.

Como si en un momento determinado, frente a una decisión vital, las circunstancias mismas te ayudaran a seguir en una dirección.

Aunque parezca más fácil pensar que todo es producto de la casualidad, que las cosas nos suceden por capricho del azar, hay situaciones en la vida que te hacen plantear la existencia de algo más. Una especie de orden establecido que, con frecuencia, se escapa de nuestros sentidos y guía nuestros pasos ayudándonos a construir la historia de nuestros días.

La vida es una historia que empezamos a escribir en el mismo momento en que nacemos. Pero es necesario ser valiente para ser fiel a la historia que cada uno de nosotros lleva dentro, saber escuchar atentamente e ir, paso a paso, dibujando el itinerario vital que hará que seamos quienes somos. Quizá cuando más perdidos nos sentimos es cuando, como si se tratara de una simple casualidad, algo nos orientará de nuevo hacia aquella inercia que es la que nos pertenece.

No sé si esto tiene algo a ver con el destino. A mí me gusta, simplemente, nombrarlo..., la providencia.

1. Orígenes

Mi abuelo materno se llamaba Luis Panadés. Era hijo de una familia de molineros de Masó, un pueblo en la provincia de Tarragona. Humilde y trabajador del campo, era un hombre que sentía a su vez una gran pasión por el arte.

En un recital de poesía conoció a mi abuela, Gloria de la Cortina Giner de los Ríos Girón, hija de una familia noble de Madrid, gente ilustrada y de ideales socialistas, muy vinculada a la cultura y a las artes. En aquel recital se enamoraron; pero mi abuelo, campesino como era, no pareció a la familia de Gloria un buen pretendiente para la hija. Aún así, el amor les llevó a contraer matrimonio; después fueron a vivir a Barcelona, donde tuvieron dos hijos y una hija, mi madre.

En la ciudad condal Luis tuvo que luchar mucho para tirar adelante a la familia, empezó trabajando en casa con sus hermanos y abrió una joyería y relojería que terminó siendo el negocio familiar.

Estalla la Guerra Civil. Luis va al frente y durante este tiempo llega la noticia de la muerte de su esposa. La tristeza que le invade es tan fuerte que la vida pierde todo sentido frente a la muerte de su gran amor y, en un ataque de desesperación en medio de un bombardeo, abandona la trinchera y pide a gritos al cielo que le maten; corre y grita en medio de la metralla. Por suerte, no sólo sale ileso de la acción más loca de su vida, sino que además lo condecoran con la medalla de oro y lo envían de vuelta a Barcelona.

Aquí tendrá que cuidarse de los tres hijos que, después de la muerte de la madre, habían quedado a cargo de una tía. Vive el resto de su vida con una vitalidad desbordante: después de la dura jornada laboral encuentra siempre tiempo para dedicar a sus aficiones, el teatro y el canto.

Sin duda, un hombre maravillado por los tiempos en que vive. El siglo XX es el siglo de los grandes descubrimientos. Puede recordar todavía las luces de aceite que iluminaban tenuemente el molino donde vivía de pequeño y el día en que vio por primera vez la luz eléctrica. Recuerda admirado la primera gramola, cuando todos en silencio se sentaban alrededor de aquel extraño aparejo, escuchando atentamente las últimas canciones de moda, el primer televisor...los aviones.

Su inagotable energía le llevó a vivir 94 años. Las últimas palabras que cruzó conmigo, cuando ya reposaba en el lecho en el que encontraría la muerte, se reproducen en mis oídos como si formaran parte del presente. Yo le pregunté:

— ¿Qué piensas tú de la vida, abuelo, tú que has vivido tanto y tan intensamente? — con los ojos medio abiertos, medio cerrados me respondió:

—Demasiado corta Toni...,demasiado corta.

2. Descubriendo el mundo

Al nacer establecemos un vínculo afectivo muy fuerte con la madre; ella será la encargada de alimentarnos, de transmitirnos afecto y de hacernos sentir seguros. Este sentimiento de protección, de estabilidad y de amor es un trampolín que nos permite descubrir, después, qué hay más allá. Sólo cuando este vínculo se haya consolidado con firmeza, seremos capaces de empezar a alejarnos y empezar a explorar el mundo que nos rodea.

Nací en Barcelona el día 22 de abril de 1952.

Parece que nací de color amarillento y que, para salvarme la vida, tuvieron que hacerme una transfusión de sangre. Por eso muchas veces digo que ni la sangre que llevo me pertenece.

Mis primeros recuerdos de infancia son el jardín que había frente a mi casa, en el barrio de la Salud, muchos gatos, un árbol de palo santo inmenso y la ventana desde donde mi madre me despedía cuando yo iba al colegio.

Recuerdo también que los sábados, mientras se hacía limpieza en casa, a mi hermana Gloria y a mí nos enviaban a Sant Josep de la Muntanya, con el desayuno en la mano. En la puerta del convento había muchas veces un mendigo a quien mi hermana daba el desayuno. Yo tenía más hambre y ella era más caritativa. Pero, sentados en las escaleras de piedra, a veces yo le dejaba probar el mío, sin poder decir que lo compartíamos, sólo un par de mordiscos.

Me impresionaban las promesas de todo tipo que colgaban del techo y en las paredes de la capilla de Sant Josep de la Muntanya, demostración de la devoción de la gente y del poder de aquel Santo. Había allí piernas, brazos de cera colgando, fotos, agradecimientos...yo no tenía miedo, pero sí mucho respeto por aquel lugar. Por eso un día bauticé allí a un pajarito que teníamos en casa y que estaba a punto de morir. Lo bautizamos pero murió, y nunca pude colgar un pajarito de cera en la capilla.

La infancia pasó rápido en la calle Cardener. Antes los niños jugaban por la calle, daban de comer al caballo del barrendero, sentían de lejos el silbido del afilador y, por la noche, se oían los golpes de palo del sereno. Limpia botas, peluqueros, ultramarinos a granel...Todas las casas tenían su portera, que cantaba canciones de Machín y de Luis Aguilé, hasta que a las cuatro empezaba la telenovela *Simplemente María*, con preludeo de Elena Francis y sus pajaritos, que eran la conciencia de una España con pocas novedades políticas.

Toda mi familia hacía teatro. Mi abuelo Luis había fundado el Club María Guerrero en Barcelona y cada fin de semana actuábamos en el teatro Capsa, en la calle Aragón. María Luisa tenía cinco años, como yo. Juntos pasábamos las tardes del domingo en los camerinos viendo como las personas se transformaban en personajes de teatro de mundos fantásticos, integrándose en un decorado con ingenio y pintado para dar sensación de profundidad. Todo era posible... sólo hacía falta un poco de imaginación.

Casi sin darme cuenta, ya tenía quince años cuando Joan Manel Serrat cantaba “Ara que tinc vint anys” y Raimon “Cara vent”...Algo empezaba a cambiar y entre *cumbayás*, promesas y hogueras, seguía la vida de chicos de montaña que nos permitía dejar atrás el asfalto y disfrutar de las montañas, descubriendo un mundo mucho más ancho y un cielo repleto de estrellas en noches de bivac.

Pronto, sin sentir apenas la presión de mis padres y tíos, me encontré en el taller familiar como aprendiz de joyero. Cantaba sin saber cantar y actuaba en un pequeño teatro sin tener aptitudes de galante. Nunca supe hacer nada que no sintiera como propio y representar a un personaje que la gente aplaudía me hacía sentir incómodo, fuera de lugar.

A la edad de diecisiete años sentí que todo lo que hacía era porque los otros querían que lo hiciera. Tenía una vida asegurada, pero una voz interior más fuerte que la seguridad me llamaba a descubrir el mundo. Y venció ese deseo de libertad.

Descubrí España y sus gentes amables. Después, con más calma quise conocer Europa. Primero la generosa Suiza, después la Alemania olímpica de Munich del '72, donde me dediqué a hacer entrevistas en alemán, sin hablarlo en realidad. Recuerdo que dormía en los mejores bancos del mejor parque que he visto nunca en todo Europa, el parque Inglés. Allí descubrí que viajar podía ser muy económico y continué con la ruta, Holanda, Dinamarca, Suecia...hasta que me reclamaron para realizar el servicio militar, obligatorio en aquel entonces, y tuve que volver. Perdí catorce meses haciendo de “pontonero” en el Delta de l'Ebre, esperando un enemigo que jamás apareció.

Terminaron las fantasías y tuve que volver a la realidad; esta realidad me proponía en el momento dos posibles caminos. Uno, integrarme a la vida social como a mayoría de la gente. La otra, seguir viajando por un mundo que justo empezaba a mostrarme su inmensidad.

Pero para continuar el viaje necesitaba dinero. Así que durante unos años pasé desapercibido como trabajador de una cartonera cerca de Granollers hasta que me casé y con Lidia, mi esposa, lo dejamos todo para empezar un viaje de luna de miel eterno. Un viaje que empezó en Dinamarca, después fuimos a Tailandia, Hong-Kong, pasando por Marrakesh hasta Lisboa; desde allí cruzamos Europa y llegamos a Israel. El mundo no tenía más fronteras que las que nosotros le queríamos imaginar.

En Israel vivimos felizmente durante tres años en unos Kibutz, trabajando, estudiando hebreo y entendiendo el verdadero significado de la palabra compartir, viviendo en comunidad.

En aquel tiempo Lidia se quedó embarazada, pero semanas más tarde perdió el bebé. Prefirió volver a Barcelona y yo la acompañé. De nuevo en Barcelona quedó otra vez embarazada y tuvimos nuestra primera hija, María.

Cuando María ya se había hecho mayor, mis inquietudes de conocer el mundo y el magnetismo que siempre me ha llevado a la incertidumbre, me empujaron a continuar viajando. Fui a Londres, donde estuve trabajando una temporada. De allí fui a Grecia, y de Grecia, con un barco, fui otra vez a los Kibutz de Israel.

Después de pasar allí cerca de dos años, me llegó la noticia de la muerte de mi padre. Volví a Barcelona, dejando atrás a un gran amigo, Zoraj. Un hombre ruso que arrastraba la historia de una vida llena de sufrimiento en los campos de concentración nazis, donde había perdido a su esposa. Las experiencias vitales tan extremas aportan un modo de sabiduría, de conocimiento, muy profundo.

Antes de separarnos, este buen amigo, conocedor de los límites entre la vida y la muerte, como si se tratara de una premonición, me recomendó que me dedicara al mundo de la informática. Nunca me había planteado esta posibilidad antes de escuchar las palabras de Zoraj, pero al llegar a Barcelona lo primero que hice fue informarme acerca de estos estudios. Se tenían que superar tres cursos y los tres costaban mucho dinero. Normalmente, después de un viaje largo, lo único que no se tiene es dinero.

Empecé a buscar trabajo hasta encontrar una plaza de suplente en la “morgue” de la Clínica Platón, en el turno de noche. Mis funciones consistían básicamente en avisar a los familiares cuando un paciente moría y preparar el cadáver para mostrarlo a las familias. No era el mejor empleo del mundo, pero me permitía sobrevivir y tirar adelante. Es curioso experimentar cómo, en situaciones de este tipo, uno se adapta a las circunstancias y aprende a vivirlo con naturalidad.

Una de las tantas noches, un hombre que tenía a su madre ingresada a punto de morir se presentó en el hospital. En aquel entonces no estaba permitido que los niños entraran en la unidad de enfermos terminales y aquel hombre me pidió si podía dejar entrar a sus tres hijos. Yo accedí y les dije que se presentaran los cuatro al día siguiente por la noche.

Al día siguiente, mientras los hijos se despedían de la abuela en la habitación, el señor bajó a fumar un cigarrillo y empezamos a charlar. Le conté un poco mi vida, que estaba trabajando allí para ahorrar algún dinero y así poder estudiar informática. Él me observaba mientras escuchaba atentamente mis palabras. Cuando vio que había terminado, se puso la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta. Me la dio y me dijo:

—Tú has dejado entrar a mis tres hijos a despedirse de su abuela, yo te regalaré los tres cursos de informática.

Aquel señor resultó ser el director de SECOINSA, una importante compañía informática.

Otra vez nos encontramos en uno de esos momentos claves de la vida. ¿Una casualidad? O la providencia, que te abre aquella puerta y que marca, de nuevo, el rumbo de tu historia.

Con muchos esfuerzos finalicé la formación e inicié mi carrera como informático. En aquella etapa me consolidé como profesional de la especialidad a la que dedicaría muchos años de mi vida.

Pero mi espíritu aventurero siempre me acompañaba y el anhelo inagotable de conocer la infinidad del mundo me llevó a hacer realidad un antiguo sueño...conocer la India.

Ese viaje fue el primero de muchos. Mis expediciones a aquel país se fueron sucediendo, y muy pronto buscando un refugio de las altas temperaturas de la India crucé la frontera con Nepal, donde el clima, sobre todo en Katmandú, era mucho más moderado. Poco a poco mis visitas a la India eran más breves y pasaba más tiempo en Nepal.

Pero antes, en uno de estos viajes a la India conocí a una persona muy vinculada a las ONGs y dedicamos gran parte de nuestro viaje a visitar distintas fundaciones. En el estado de Gujarat conocimos unas mujeres; eran Carmelitas, aunque nunca lo habríamos dicho por la manera como vestían. Aquellas mujeres se adentraban en la selva hasta llegar a lugares en realidad inaccesibles, desafiando todo tipo de peligros, para curar a niños con lepra.

Viajando hacia el sur llegamos a la fundación Vicenç Ferrer. Pasamos allí unos pocos días, pero los suficientes como para despertar algo dormido en mi interior. Fui a visitar un hombre guiado por la honestidad y la fuerza, un hombre que había sido capaz de seguir su historia e inspirar la de otros.

Recuerdo todavía cuando Vicenç contó que un día había preguntado a su esposa:

—Anna, ¿qué harías si no pudieras hacer grandes cosas?

Anna respondió:

— Empezaría por hacer cosas pequeñas.

En aquel momento sentí la necesidad de hacer algo. Seguramente, sin ni siquiera ser consciente de ello, en Anantapur, la ciudad del infinito, Vicenç plantó la semilla de la que, en un tiempo, germinaría una nueva aventura.

3. Historias

Utsap

En uno de mis viajes llegué a Katmandú, muy enfermo, de la India. Me aconsejaron que para recuperarme, lo mejor que podía hacer era ir a Nagarkot, un pueblo en la montaña donde el aire era más fresco y puro. Allí conocí a un nepalí y nos hicimos buenos amigos: Utsap. Me cuidó mucho durante aquellos días, me traía comida y todo aquello que yo podía necesitar. Era una buena compañía y pasábamos largas horas hablando.

Utsap venía de una familia humilde y bastante pobre; aunque no tenía muchos estudios, se veía que era un chico muy inteligente y con muchas ganas de aprender y de progresar.

Después de aquel primer encuentro, cada vez que yo volvía a Nepal le buscaba; algunas veces me hacía de guía, otras de compañero de viaje. Con el paso del tiempo nuestra amistad se fue haciendo más fuerte; él era una persona honesta, en quien se podía confiar.

Bhim, Indra y sus Rikshaws

Bhim era un conductor de Rikshaws, un chico de unos 20 años, siempre sonriente. Cuando era muy pequeño sus padres le habían abandonado en un monasterio Budista, seguramente porque eran demasiado pobres y no podían hacerse cargo del niño.

Creció entre monjes de túnicas de color azafrán, estupas y budas gigantescos. Al cumplir los 18 vino a trabajar a Katmandú y allí empezó a hacer de Rikshaw, llevando generalmente turistas de arriba para abajo pedaleando.

No ganaba demasiado dinero, pasaba las noches en la calle, durmiendo dentro de su Rikshaw para ahorrar el dinero de un garaje. Pero siempre que podía, con el dinero que recogía ayudaba a sus compañeros Rikshaws a tirar adelante. Dentro del gremio de los Rikshaws son muchos los que padecen de trastornos gástricos, pues después de comer deben empezar a pedalear fuerte.

El mejor amigo de Bhim y su compañero de calle era Indra, un hombre muy delgado que bajó de las montañas a trabajar a Katmandú. Estaba casado, tenía tres hijas, un buey, dos cabras y un pedazo de tierra que se podía cultivar. Normalmente el problema de los pueblos es que comen lo que les da la tierra, pero no circula el dinero, pues la economía se basa en el intercambio. Indra había venido a trabajar a la ciudad para conseguir el dinero con el que comprar aquello que la tierra no daba, y pagar así el colegio de sus hijas.

Bhim e Indra era buenos amigos, cuando había trabajo intentaban trabajar juntos y si no había trabajo, hablaban y se hacían compañía mutuamente. Seguramente sólo se tenían el uno al otro en aquella gran ciudad, lejos de sus orígenes. Cuando viajas y pasas mucho tiempo en el mismo lugar terminas confiando en la gente que vas encontrando. Bhim terminó con el tiempo siendo mi Rikshaw predilecto, siempre que tenía que ir a alguna parte podía contar con él.

Maya

Cuando caminas por las calles de Katmandú es natural que en cada esquina, a cada paso, vendedores ambulantes te asalten ofreciéndote todo tipo de productos inimaginables.

En uno de mis viajes a Nepal, que hice acompañado de mis hijos, paseando por las calles de la ciudad, nos cruzamos con una chica muy simpática, Maya, que en un inglés muy correcto intentaba vendernos una bolsa donde guardar el pasaporte. Era una chica de hacer dulce y agradable, sus ojos oscuros dejaban entrever el bagaje de una vida llena de experiencias que habían dado una luz especial a su mirada.

Maya era una chica de Katmandú que muy joven se casó con un hombre de Baktapur. Este hombre y su familia era Newars. Los Newars pertenecen a la casta de los comerciantes, una de las castas más ricas del Nepal y mayoritaria en el valle de Katmandú. Se dice que donde hay dinero hay un Newar. Maya era budista.

En Nepal una mujer, cuando se casa va a vivir a casa de los padres del esposo. Juntos tuvieron dos hijas, pero el marido murió pronto. A partir de entonces la relación con sus suegros empezó a empeorar y no aceptaron que ella fuera budista y que no perteneciera a la casta de los Newars. Esta situación le obligó a volver a Katmandú con su madre y con ella se llevó a su hija más pequeña.

La vida en Katmandú no era fácil, los únicos ingresos que tenían eran aquellos que Maya conseguía con la venta ambulante de las bolsas a los turistas, y no daba para mucho. Aunque eran una familia pobre un día encontraron una niña abandonada en la calle y la acogieron y cuidaron como si de una hija se tratara.

Maya y mi hija María terminaron siendo buenas amigas. Tanto, que fuimos a pasar unos días a Pókara y la llevamos con nosotros, fueron unos días fantásticos para ella, la primera vez que viajaba en avioneta y veía las montañas de su país desde el cielo.

Deependra, un niño y una caja

En Agosto de 1999 los monzones de Nepal fueron especialmente fuertes. Las carreteras para llegar a Tibet se tuvieron que cerrar durante unas semanas.

Con María y Miguel, mis hijos, de veinte y diez años, caminábamos por la Durbar Square pensando qué podíamos hacer, después de que los planes para ir a Tibet hubieran fallado por culpa de las fuertes lluvias.

Cuando nos encontrábamos a la altura del palacio de la Kumary, vimos que en la puerta había una caja de cartón de la que colgaba el bracito de un niño.

La lluvia continuaba...en esos instantes pensamos en lo peor, que en aquella caja había otro niño muerto más, por culpa del hambre o por exceso de esnifar cola barata.

Abrimos la caja y dentro encontramos un niño dormido. Pronto se despertó y en el fondo de la caja se dibujó una sonrisa, una luna de esperanza. Lo invitamos a una ducha y a cenar, y él, que tenía un poco menos de nueve años, aceptó. La caja quedó atrás, perdiéndose en la oscuridad. De camino hacia el hotel, supimos que ese niño se llamaba Deependra...o así nos pareció entenderlo.

Al llegar, le preguntamos si quería cenar; nos respondió que no quería cenar mucho, porque si comía mucho de noche, después tenía frío durante el alba.

Mientras María y Miguel duchaban a Deependra yo esperaba la cena; me vino entonces la imagen de mi madre de niña en la cola de racionamiento durante la guerra, para conseguir algo de comer para ella y sus hermanos. Comían sólo pan negro y leche blanca; el resto se conseguía de estraperlo, si se tenía algo para vender.

La mesa del restaurante se llenó de platos de fideos humeantes. Aparecieron por la puerta María, Miguel y Deependra, vestido con ropa seis tallas más grande...pero limpio y radiante, transformado de carbón a brillante. Cenamos todos juntos y él terminó antes de que nosotros empezáramos. Se fue contento, nosotros pensamos que volvía a su casa.

El primer paso...

Fue una noche de tormenta. Yo no pude dormir, la oscuridad se llenaba de imágenes, de pensamientos, de caras y de historias que había conocido durante mis viajes a Nepal. Utsap, Bhim, Indra, Maya, Deependra...pasaban las horas y el paso del tiempo me ayudó a entender que toda aquella gente tenía algo en común.

Inexorable, salió el sol. Había dejado de llover y los rayos intensos evaporaban el agua de las calles. Todo empezaba a tomar forma. El verano se había terminado, pero quedaban unos días antes de volver a Barcelona; se podían hacer muchas cosas.

Hablé con Bhim y con un grupo de Rikshaws, y les propuse asistir a clases de inglés a cambio de que llevaran a Maya y a tres primas suyas a hacer un curso de confección, en el que aprender el oficio de costureras.

Escolarizamos a Deependra y a las dos hijas de Maya y, por ir a clase, se les daba la comida. Utsap era el encargado de administrar y controlar que todo siguiera su curso, desde un pequeño despacho que se abrió en una habitación del Katmandú Lodge.

En este final lluvioso de verano algo floreció en la ciudad de Katmandú.

Vuelvo a Barcelona y desde allí envío dinero a Utsap para el alquiler del despacho, la comida de los niños, las clases de inglés y de costura. Maya se pone muy enferma y también se le envía dinero para que pueda seguir un tratamiento.

Durante aquella época yo voy y vuelvo de Nepal a Barcelona, aprovechando las vacaciones de verano y de Navidad. Llega el invierno y vuelvo a Katmandú; durante aquellos días hojeaba en el Katmandú Lodge, y por azar me cayó en las manos el Baghatva Gita, abrí el libro y lo primero que leí fueron estas palabras:

“(...) esto que ahora observas es sólo el principio de mi obra. Y como el árbol de Pipal crecerá hasta espacios que desconoces.”

El Pipal es un árbol intenso, de hoja perenne que pertenece a la misma familia que el Banyan, el árbol bajo el cual Buda se iluminó. Es tan grande que incluso a veces se construyen templos en el interior del tronco. Sus hojas tienen forma de corazón.

En el Hinduismo el Pipal se considera la reencarnación del Dios Vishnu, y por eso es muy venerado.

Aquellas navidades organizamos una cena de fin de año en el Katmandú Lodge con todo el grupo: Rikshaws, las chicas, Deependra y Utsap. Todos menos Maya, que murió aquel invierno de una sobredosis. En aquel instante me di cuenta de que la enfermedad que tanto la había hecho sufrir, y que finalmente se la llevó, era la dependencia a la heroína.

Aquella noche, sentados en la mesa del restaurante, entendimos que la aventura acababa de empezar. Inaugurábamos un milenio nuevo, y estábamos decididos a tirar adelante con el proyecto, con una ilusión que creciera hasta espacios desconocidos, como el árbol de Pipal.

La presencia de Maya continuaba entre nosotros. Recuerdo que un día ella me había llevado a un mercado llamado “Red Cross Market” donde se vendían toneladas de ropa que, en teoría, se iban a dar a la gente pobre. Ella me contaba que, cuando esta ropa llegaba a la aduana, allí se quedaban siempre la mejor parte y el resto se vendía en mercados como aquél. Escuchando sus palabras se me apareció una imagen de cuando Lidia, mi esposa, doblaba con cuidado la ropa que había quedado pequeña para mis hijos, soñando que llegaría a un lugar lejano y a un niño que realmente la pudiera necesitar.

De allí salió el nombre de la fundación, The Direct Help Foundation. Una fundación entendida como una ayuda efectiva, dirigida directamente a la gente más necesitada, sin intermediarios, sin corrupción, sin peligro de perderse por el camino.

4. Kumari House

Vuelve el verano y yo viajo a Katmandú. Me encuentro con Deependra y me pide que le acompañe. Con pasos decididos camina por el asfalto inundado de gente, de coches, de Rikshaws. A medida que avanzamos las calles se van estrechando cada vez más, la luz se cuele con dificultad por entre las fachadas de los numerosos edificios, todo se envuelve de oscuridad. Deependra se para delante de una de las casas, lo sigo por un pasillo hasta llegar a una alcoba. Entramos, sólo una bombilla que cuelga del techo desprende una luz no más intensa que una vela, pero suficiente como para iluminar un espacio reducido que, en su austeridad, acuna siete niñas que están sentadas en el suelo. Ésta es la casa de Deependra y de sus amigos.

Son niños que pagan el alquiler con lo que ganan pidiendo por la calle. Hay una chica mayor que trabaja y les ayuda a pagar los gastos y la comida. Pero ¿qué están haciendo aquellas niñas allí solas? ¿Dónde están sus padres? ¿Son huérfanas?

La mayoría de estos niños tienen padres, pero unos padres que viven atrapados en la marginalidad más profunda y no pueden hacerse cargo de sus hijos. Terminan siendo hijos de las piedras y aprenden a sobrevivir en este mundo. Normalmente, forman grupos para protegerse y ayudarse. Hay un líder entre ellos, que surge de un modo espontáneo, y que acostumbra a ser un niño o una niña más inteligente y espabilado. En este caso es Deependra, que se encarga de organizar a los otros, les enseña a subsistir, les divierte, protege y si es necesario, deja de comer para alimentar a sus compañeros. Una especie de padre protector de solo nueve años.

En vistas de la situación empezamos, por un lado, a buscar colegios y, por el otro, una casa donde pudieran vivir los niños. Visitamos muchísimas escuelas, pero es difícil encontrar alguna que acepte en sus aulas a los niños de la calle. Acostumbran a ser conflictivos y problemáticos, y la excusa de que estamos a medio curso escolar se repite colegio tras colegio. Insistimos hasta encontrar la Babikash School; aquí su directora, Kesari, una mujer sensible a las circunstancias, está dispuesta a matricular a los niños.

Utsap pronto encontrará la primera planta de una casa, la actual Kumary House. La casa está vacía, no hay nada. Pero las cosas llegan en el momento oportuno: conozco una pareja de italianos, Jwala y Guliano y entre los tres compramos aquello que es indispensable para convertir ese lugar vacío en un espacio habitable. Más adelante, esta pareja de italianos, junto con más gente, crean una ONG en Italia llamada **Grupo Om** y, desde entonces hasta hoy, ayudan a tirar adelante diferentes proyectos.

Empieza el proyecto Kumary House. Las siete niñas y Deependra van a vivir a la casa y asisten a la escuela Balbikash, bajo la dirección de Kesari. Kumary House significa “la casa de las princesas”, ya que todas, menos Deependra, eran niñas. Utsap se encarga de administrar la casa y a la niña más grande del grupo, la que trabajaba, se le ofrece un sueldo para que trabaje en la Kumari House, encargándose de hacer la comida, limpiar y cuidar de los niños.

Los días que paso en la casa, antes de volver a Barcelona, son muy especiales: se respira un ambiente mágico y me voy consciente de que una parte de mí queda allí, entre las

cuatro paredes humildes, pero llenas de vida. Quizá durante aquellos días, sin decirme nada, en mi inconsciente empieza a nacer la idea de quedarme a vivir en Nepal.

Mientras en Nepal la Casa de las Princesas se convierte en una realidad y Utsap continua encontrando niños que necesitaban ser escolarizados en las zonas rurales de Nepal, en Barcelona cada vez más gente se implica y da apoyo al proyecto. Uniendo nuestros esfuerzos escolarizamos 25 niños. Se crea una página *web* y conseguimos legalizar la fundación gracias a la ayuda de Enric Lagarda. Enric es un hombre con mucha experiencia en el mundo de las fundaciones y, en la sombra, continuará ayudándonos hasta el día de hoy, como amigo y consejero.

Pero aquel noviembre, mientras estoy en Barcelona, recibo una carta de Utsap donde me informa que ha habido una fuerte pelea en la Kumary House y que muchos de los niños se han ido. Los niños de la calle viven en un mundo propio, en el que el resto de la sociedad pertenece a otra dimensión. En este pequeño universo, donde hace frío y pasan hambre, pero en el que hacen lo que quieren, se sienten libres. Su felicidad no entiende de límites, no entiende las normas, las rutinas ni los horarios. Su mundo es el de la calle; en medio de esta selva civilizada buscan comida cuando tienen hambre y juegan cuando quieren jugar. Son los dueños de sí mismos, también de sus alegrías y sufrimientos. Y quizá esto no pude entenderlo hasta aquel día.

Cuando llegué aquel invierno a Katmandú me encontré la casa casi vacía, sólo quedaban tres niñas, el resto, entre ellos Deependra, se habían ido.

Con Utsap decidimos que los niños más pobres de los pueblos, con los que trabajábamos, pudieran venir a estudiar a Katmandú si así lo querían. Ahora sólo faltaba alguien que, al lado de Utsap, se pudiera hacer cargo de la casa, de cocinar, de cuidar a los niños.

La directora del colegio, Kesari, que estaba pendiente de la situación, vino a verme un día y me propuso que una mujer viuda que ella conocía trabajara para nosotros.

El día siguiente vino; era una mujer muy delgada con tres niños, su nombre era Maya. En aquel entonces trabajaba en una fábrica de zapatos, pero desde hacía tres meses ya no cobraba y necesitaba alimentar a sus hijos. Le expliqué que la condición era que viniese a vivir a casa con sus tres hijos. Tres días después hizo el traslado, se instaló y empezó a trabajar; Kumary House volvía a ser de nuevo una familia.

Mientras tanto Indra había dejado su trabajo en Katmandú para volver a su pueblo, Darapani. Tenía apadrinadas a sus tres niñas y ya no necesitaba bajar a trabajar a la ciudad. A cambio, él se dedicaba al desarrollo de su área. En aquel tiempo se escolarizaron diez niños, ahora hay más de sesenta.

La vida en los pueblos puede llegar a ser muy difícil. Se acercaba el invierno y con un grupo de amigos fuimos a repartir ropa de abrigo a los pueblos donde teníamos niños escolarizados. Recuerdo que, mientras daba la ropa a una niña, vi un hombre sentado que nos miraba fijamente desde el otro lado de la carretera, con una mirada de entre estupefacción y alegría. Me acerqué a él y le pregunté por qué reía.

Señalándome una de las niñas me dijo:

—Mira, aquella es mi hija y ésta es la primera vez en toda su vida que puede ir al colegio y la primera vez que alguien le da ropa.

— ¿Por qué no le puedes pagar el colegio?

— Porque soy muy pobre y toda mi familia vive sólo de la leche de un búfalo.

Entonces le pregunté cuánto valía un búfalo y el me contestó 25.000 rupias.

—Y si te comprásemos otro búfalo, ¿podrías pagar el colegio de tu hija?

Se quedó unos instantes callado y seguidamente, dirigiendo su mirada a la de su hija, me dijo:

—Mira, si tuviera dos búfalos mi hija no podría ir al colegio, porque tendría que ir a cortar la hierba para poder dar de comer a los búfalos.

Aquella conversación con aquel hombre me ayudó a comprender muchas cosas. Con frecuencia, cuando queremos ayudar a alguien, llenos de buena voluntad, intentamos imponer las cosas tal y como nosotros creemos que son, sin quizá entender siquiera las verdaderas necesidades de aquellos a los que queremos ayudar. Pero, con el tiempo, la experiencia te obliga a percartarte de que aquello que tú creías tan importante, formaba sólo parte de tu entusiasmo y de nadie más, y ves entonces cómo algunos proyectos pueden fracasar. Es entonces cuando aprendes a escuchar, cuando buscas saber cuáles son realmente las demandas de los otros. Y, en definitiva, entiendes que sólo puedes ayudar a aquellos que realmente lo quieren y pueden ser ayudados.

Después del invierno estalló la primavera. En la zona rural nos dimos cuenta de que hacía falta otra casa y abrimos la Kumary House II, cerca de Bhaktapur, ayudados por Alberto Billena y su grupo **Implica**. Era una casa muy pequeña y cada vez teníamos más niños y necesitamos encontrar otro lugar. Ese mismo verano nos trasladamos a una casa más grande y mucho más económica y Bhim se encargó de administrarla. Bhim había dejado su Rikshaw y se dedicaba, de vez en cuando, a hacer de guía para los turistas, gracias al inglés que había aprendido.

El proyecto seguía adelante y también la Kumary House de Katmandú se nos había quedado pequeña. Aquel mismo verano alquilamos el resto de la casa, cuatro plantas. Ya teníamos veinte niños y la Casa de las Princesas se había convertido en el alma de la fundación: habitaciones y pasillos llenos de sonrisas, de ilusiones y de compañía.

Todavía hoy me sorprende a mí mismo cuando observo fijamente a estos niños, y tomo conciencia de que, detrás de cada una de estas pequeñas vidas, se esconde una historia particular. Con frecuencia, son historias de pobreza y de lucha por la supervivencia que difícilmente adivinaríamos sin las miradas llenas de fuerza y de esperanza.

En ese momento tuve que plantearme seriamente venir a vivir a Nepal. Pero en este mundo, recorte de fronteras invisibles, uno no puede decidir dónde vivir con toda libertad; antes tiene que regularizar su situación y una de las opciones más sencillas es casarse con alguien del país.

Decidido, le pregunté a Maya, aquella mujer viuda con tres hijos que se cuidaba de la casa, si quería casarse conmigo. Vi en ella una persona honrada, trabajadora y una gran madre y le regalé un sari azul esperando su respuesta. Ella me contestó que no lo sabía, que antes tenía que preguntarlo a su familia y me dijo que, cuando se pudiera casar, me diría que podía vestir un sari rojo. En la cultura nepalí las mujeres visten de rojo el día de su boda. Yo tuve que volver a Barcelona.

En Nepal cada vez hay más mujeres viudas que se vuelven a casar, pero hay también muchas familias que no aceptan un segundo matrimonio. Por otro lado, se dan muchos casos de viudas que rehacen su vida con otro hombre, pero su marido no acepta los hijos del matrimonio anterior y las madres acaban abandonando a sus propios hijos.

Maya no entendía por qué un europeo le pedía casarse con ella, se sentía confundida. Pasó muchas noches llorando, intentando decidir qué tenía que hacer. La cultura nepalí dice que una mujer pertenece siempre a su primer esposo. Tenía miedo de qué diría y pensaría la gente. Lo habló con sus amigas y con sus hijos, pero no se atrevió a decírselo a su familia, seguramente porque se sentía avergonzada. Mientras, yo, en Barcelona, esperaba su respuesta, cada día enviaba un *e-mail* a Utsap para que me dijera si Maya se quería casar. Finalmente, la respuesta terminó llegando, Maya estaba preparada para vestir el sari rojo.

Aquellas Navidades llegué a Katmandú soltero y dos días más tarde era un hombre casado. Hicimos una pequeña ceremonia en casa, con Joan, Antonia y mi hermana como representantes del novio. Kumary House se llenó de velas, de gente, de alegría.

Me encontré de repente frente a una mujer, y ella frente a un hombre con quién tendría que compartir toda su vida. Ni uno ni otro nos conocíamos, estaba todo por abrir y descubrir. Pero mirando a sus ojos entendí la palabra confianza.

Ahora sólo quedaba volver a Barcelona, vender mi casa, despedirme del trabajo, de la gente y volver a Nepal definitivamente. Pero, en este hacer y deshacer, sufrí una lumbalgia que no me permitió moverme, y tuve que posponer un tiempo mi vuelta a Katmandú. Maya me estaba esperando. Pasaron unas semanas y, un poco más recuperado, pero moviéndome con silla de ruedas, me despedí de todo el mundo y tomé un avión con dirección a una nueva vida, acompañado de Óscar, un amigo y voluntario que me ayudó mucho en momentos de dificultades y del que os hablaré más adelante.

Cuando pisé el suelo nepalí la silla de ruedas ya no tenía apenas utilidad entre aquellas calles medio asfaltadas de la ciudad de Katmandú. Llegué convaleciente pero con ganas de integrarme a lo que a partir de ahora sería mi entorno.

Pero la vida también tiene sus noches, y una de las noches más oscuras que yo pasé en Nepal fue al descubrir algo que me hizo pensar mucho. Utsap se había casado con una mujer de una casta más alta y los dos juntos dirigían la fundación. Cada mes me enviaban las cuentas con los gastos y yo desde Barcelona mandaba el dinero para afrontar el mes siguiente. Ahora, ya instalado en Nepal, quise repasar la contabilidad, pregunté cuál era el colegio más caro que se pagaba y mirando el ordenador resultó que era el colegio al que iba la hija de la hermana de la esposa de Utsap, un colegio cuatro veces más caro que la media que estábamos pagando. Le pregunté a Utsap por qué estábamos pagando un colegio tan caro a una familia en la que el marido tenía una empresa de catering y la madre trabajaba. La respuesta fue el silencio...el silencio de la noche.

Ya puestos, le pregunté por el segundo colegio más caro, y resultó ser el de otro familiar, y así otro, y otro...y otro; quizá no todas las familias tan descaradamente faltas de necesidades como la primera, pero era evidente que la tendencia era ayudar a los familiares y amigos.

Las cuentas cuadraban perfectamente, pero la finalidad a la que iban dirigidas las ayudas había perdido todo el sentido, tenían que haber sido para los niños pobres, no para los amigos.

Interiormente buscaba justificar a mis amigos, pensaba en las veces que esta situación se estaría repitiendo en otras fundaciones. Pensaba que, si revisábamos las ayudas internacionales, veríamos que lo más normal es ayudar a los parientes y amigos, no tener tanto en cuenta la situación de pobreza y necesidad, sino buscar quedar bien con el propio entorno social.

Quería entender y habría entendido la situación si todos estos familiares hubiesen sido pobres. Pero, si la noche ya era oscura, todavía lo fue más cuando alguien me dijo que en el pueblo de mi amigo había una familia muy necesitada a la que se negaban a ayudar por unos problemas que habían tenido años atrás con unas tierras. Ciertamente, era una familia muy pobre que necesitaba ayuda y a lo largo de un año no se les apoyó.

Pagábamos el colegio a amigos y familiares que no lo necesitaban y todos los ideales se hundían frente a mis ojos. Cada ficha que aparecía en la pantalla del ordenador era una lanza de tristeza; cada vez la noche era más negra, más fría y una y otra vez la decepción.

La mañana siguiente la esposa de Utsap desapareció, no tuve que decir nada, el silencio de la noche nos estaba hablando a todos.

Unos días después Utsap, una de las personas más honradas que he conocido en Nepal me dijo adiós con lágrimas en los ojos. Tampoco las palabras eran necesarias, habíamos aprendido una lección importante, que nos acompañaría por el resto de nuestras vidas.

Y la noche dio paso a un nuevo día.

5. Kalam Revolution

Una vez instalado en la Kumary House, me apunté a clases de nepalí. Pero llegar al colegio colgado de dos muletas por las calles de Katmandú era prácticamente imposible. Así que pensé en hacer venir a un maestro a casa y que me diera clases particulares.

Cuando las mujeres de la casa me vieron estudiando nepalí todas se apuntaron a las clases y, en aquel momento, me di cuenta de que ninguna de ellas, ni siquiera mi esposa, sabía leer ni escribir. Pasaron los días y me pidieron si podían avisar a los vecinos para que también vinieran a estudiar. De repente, me encontré rodeado de treinta mujeres estudiando nepalí.

La gente del barrio continuaba preguntando si ellos también podían venir a estudiar, pero ya no teníamos más espacio en casa. Viendo la demanda y la necesidad de las mujeres de este país, dejé de asistir a las clases para dedicarme a organizar un proyecto nuevo, que se llamaría Kalam Revolution o, para que nos entendamos: ¡la revolución del lápiz!

Se empiezan a formar grupos de estudio, las habitaciones de las casas se convierten en clases y profesores voluntarios enseñan a sus alumnas, ansiosas por el conocimiento. Pronto la iniciativa se extiende hasta el área rural. Cuando se apaga el día, en el interior de las casas de pequeños pueblos de montaña, donde no faltan cabras, búfalos, ni panochas en línea que cuelgan del techo, grupos de mujeres se sientan alrededor de una vela. Uno de los profesores guía la lectura de una de ellas, mientras las otras, resiguiendo las palabras escritas sobre las páginas de un libro, las repiten en voz alta. Mientras, los más pequeños de la casa escuchan atentamente lo que suena como si se tratara de un canto...un canto para el desarrollo de las mujeres. Y es que, por más oscura que sea la noche, nunca podrá apagar la luz de una pequeña vela.

En Nepal hay 8 millones de mujeres que no han tenido jamás la oportunidad de ir al colegio. Hasta hace bien poco no se consideraba importante invertir en la educación de una niña puesto que, cuando se casa, pasa a formar parte de la familia del esposo.

Pero los tiempos cambian en Nepal y, como en todas las naciones, se avanza por el camino del progreso, donde entran en juego nuevos servicios y nuevas tecnologías. Esa nueva realidad implica la necesidad de saber leer y escribir, para poder desarrollar los quehaceres cotidianos con normalidad. El país avanza pero no puede dejar atrás a las mujeres.

Cada vez más, los maridos se dan cuenta de que una mujer con educación es un beneficio para la familia; ya que será capaz, por ejemplo, de reconocer un producto caducado, organizar la economía familiar, conocer los medicamentos y participar en la educación de los hijos.

A todo esto se le suma otra razón de peso, que nos empuja incondicionalmente a seguir adelante con esta lucha a favor de la alfabetización. Estos años he ido conociendo casos de mujeres que, por el hecho de no saber leer ni escribir, han perdido a sus hijos. Aquí entramos en el terreno de las adopciones, un espacio, por desgracia, susceptible de

corrupción y convertido desde hace algunos años en un negocio demasiado fácil para algunos.

Un buen día alguien se acerca a una madre de familia pobre y le ofrece la posibilidad de enviar a alguno de sus hijos a estudiar al extranjero. La tradición nepalí contempla que serán los hijos los que se harán cargo de los padres cuando éstos sean mayores; por lo tanto, cuanto más estudios tengan los hijos, mejor empleo, más dinero y un futuro asegurado para los padres. Para una familia pobre, que no podrá nunca pagar el colegio de sus hijos, la educación se presenta como una gran oportunidad. Convencida de hacer lo mejor para la familia y para el niño, la madre firma un documento conforme acepta enviar a su hijo o hija a estudiar al extranjero. Pero lo que en realidad firman, sin saberlo, es un certificado de adopción conforme renuncian a su hijo. Estos niños son trasladados a un orfanato, a la espera de que una familia occidental, llena de ilusión, llegue un día buscando a un niño para adoptar. Los padres adoptivos posiblemente nunca llegarán a saber que detrás de este niño, que ahora es parte de su vida, hay una familia que espera que, pasados unos años, el niño vuelva a casa convertido en médico o abogado.

Los padres que llegan a países como Nepal para adoptar un niño pagan una elevada cantidad de dinero a los orfanatos, aparte, claro está, de los gastos que suponen todos los trámites burocráticos. Esta cantidad de dinero está contemplada como una “donación voluntaria” aunque, si somos claros, en realidad se trata de un donativo impuesto, que terminará en los bolsillos de los artífices de esta pantomima deshumanizada.

Intentar denunciar esta realidad por la vía legal acaba llevando a ningún lugar o sólo a molestar a personas influyentes en estos negocios que pronto te harán la vida imposible, considerándote una molestia para sus propios intereses.

En los últimos años hemos conocido testimonios y protagonistas de estas historias que nos han hecho entender que la alfabetización de la mujer es todavía más necesaria de lo que pensábamos, entendida así como la lucha contra el engaño y la corrupción.

Y gracias al entusiasmo y motivación de todas estas mujeres por aprender, el segundo año llegamos a alfabetizar a 1700 mujeres.

Aunque nuestros recursos son limitados, cada vez tenemos un índice de participación más alto. Muchos de los colegios colaboran dejándonos utilizar una de sus aulas y con el ofrecimiento de profesores voluntarios.

Este curso hemos empezado con un nuevo plan, que consiste en visitar todas las escuelas, todos los distritos e informar sobre nuestro programa y así trabajar conjuntamente. Nos reciben bien y esperamos que este año más de 3000 mujeres aprendan a leer y escribir en Nepal.

Si por un lado los colegios participan ofreciéndonos aulas y profesorado, nosotros nos hacemos cargo de los libros y el resto de material necesario. Esto no sería posible sin el soporte que recibimos de distintas fundaciones, entre ellas: **Fundación Esparza Monforte**, **Adfisret**, **Mavareal**, **Grupo Namaskar** y **Tierraaguaysol**. Por otro lado, **Amigos del Nepal** y **Global Humanitaria** incluyen también en sus programas la

alfabetización de mujeres, participando como nosotros en la erradicación definitiva del analfabetismo.

Entendemos que no sólo estamos frente a un gran proyecto, sino también ante una Revolución, la Revolución del Lápiz. Cuando las mujeres de un país evolucionan, el país evoluciona.

Hasta ahora sabemos que hay 8 millones de mujeres que no saben leer ni escribir y que quieren integrarse en la sociedad del progreso. Nepal está recibiendo una gran cantidad de ayuda internacional para que esto sea posible, pero gran parte de esta ayuda se queda en el engranaje de la corrupción que domina este país.

Hace tan sólo unos meses, los periódicos publicaron que el Banco Mundial había enviado 50 millones de dólares, que tenían que invertirse en la llamada Educación Informal. Este dinero podría servir, por ejemplo, para pagar los libros y el material del programa de alfabetización de las mujeres. Pero, al pedir dichos libros en el Ministerio de Educación, nos dicen que sólo se han impreso 15.000. Con 1 dólar se pueden imprimir 2 libros, con 50 millones de dólares se pueden imprimir 100 millones de libros; “solamente” son 8 millones las mujeres por alfabetizar en Nepal... Eso sí, por si acaso, te facilitan un número de teléfono de un mercado paralelo donde se pueden comprar los libros que el gobierno tendría que estar dando gratuitamente, ya que se han subvencionado por el Banco Mundial.

Somos conscientes de que nosotros no tenemos la capacidad de alfabetizar a todas las mujeres del Nepal. Pero sí creemos que hay soluciones. Por eso, intentamos hacer un trabajo de concienciación a través de la distribución de boletines informativos donde se pide la implicación de todos en esta lucha.

En primer lugar, el Banco Mundial tendría que hacer un control estricto de las ayudas que envía a países como Nepal y muchos otros. Auditores externos interinos que asegurasen que el dinero que se envía realmente se invierte en el desarrollo del país y no en llenar los bolsillos de aquellos que ya los tienen llenos. Pero la cuestión es plantearse antes si realmente la ayuda que se envía desde los países ricos se envía con ánimos solidarios o si se trata tan sólo de un marketing solidario, que políticamente es muy correcto y siempre queda bien.

Es también importante motivar a las ONGS que trabajan a favor del desarrollo social de la mujer, para que incluyan la alfabetización de las mujeres y de sus programas.

El gobierno, por su parte, tendría que hacer eco del programa de alfabetización a través de los medios de comunicación, periódicos, radio, televisión invitando a los colegios públicos a participar en este programa nacional, cediendo aulas y profesorado.

Las empresas privadas podrían financiar material escolar a través de publicidad que podría ir impresa en las libretas y se podría también plantear que estas empresas tuvieran algún tipo de beneficio fiscal. Tanto periódicos como publicistas serían los primeros beneficiarios, ya que mucha más gente sería capaz de leer, se venderían más periódicos y la gente sería capaz de abrir cuentas bancarias y utilizar el teléfono, por ejemplo.

Todos los estudiantes a partir del noveno nivel están perfectamente capacitados para enseñar a sus comunidades. Y esta tarea podría ser contemplada y evaluada como período de prácticas y constar en el currículum académico.

En definitiva, si Nepal fuera capaz de entrar en la Revolución del Lápiz, recibiría mucha más ayuda a nivel internacional y podría convertirse en un ejemplo para los otros países asiáticos en vías de desarrollo. Si uniéramos esfuerzos y el gobierno pusiera de su parte, Nepal podría estar alfabetizado en tres años.

La alfabetización es sólo el principio de un gran abanico de posibilidades que se pueden presentar a estas mujeres. Actualmente, ya estamos trabajando para ofrecer a las mujeres que están progresando un curso de cálculo y la posibilidad de pasar a formar parte de nuestro proyecto de formación ocupacional de costura y confección. Existe un taller con máquinas de coser que creamos gracias al soporte del **Grupo Tencarola** de Italia.

Nuestra voluntad es ir ofreciendo otros talleres de aprendizaje en función de las necesidades de las mujeres. De este modo, con aquellas que hayan finalizado la alfabetización, se quieren hacer grupos en función de sus intereses y crear nuevos Training Centres donde pueda aprender un oficio, ya sea confección, peluquería, etc.

6. Taller de incienso

Muchas veces salgo al balcón y me quedo observando las vistas al Templo de Sayambunath. Acostumbran a ser los momentos en los que necesito coger aire; momentos en los que soy consciente de que nuestros ingresos no mantienen una proporción lógica con los gastos que tenemos, que con frecuencia son tres veces mayores.

En estos momentos me pregunto ¿cómo puede ser que sigamos adelante? Y una voz interna me dice — Toni, ¿necesitas algo hoy? Mi respuesta es:

—No, hoy no.

Entonces la voz sutil me susurra en la oreja:

—Pues si hoy no necesitas nada...vuelve mañana.

Hace ahora dos años, en uno de estos momentos de incertidumbre, me vino a la mente que muchas fundaciones vendían productos para ayudar a financiar sus proyectos. Se me ocurrió hacer una selección del mejor incienso que se encontrara en Katmandú. Después de buscar, encontrar y probar más de 200 variedades distintas de inciensos, hice según mi criterio una selección de los doce mejores.

Mi idea era comprar al por mayor a buen precio y así ofrecer una buena calidad y recibir unos ingresos adicionales para tapar agujeros en momentos difíciles. En aquel momento desconocía que en Nepal hay una ley que prohíbe exportar cualquier producto que no esté hecho allí y precisamente aquellos doce inciensos seleccionados eran “Made in India”.

En aquel momento ya me había introducido en el fantástico mundo de los inciensos y descubrí que existía un tipo de incienso que tenía el valor de ser totalmente natural y se basaba en la tradición ayurvédica y tibetana. Empecé a investigar y, efectivamente, se trataba de un incienso de mucha calidad que requería de una elaboración mucho más compleja, a diferencia del incienso que provenía de la India, que contenía perfumes y expansores no naturales.

Quise aprender la magia del incienso, sus fórmulas y las técnicas de elaboración, pero no parecía que nadie estuviera dispuesto a enseñármelas; estos conocimientos se consideran secretos ancestrales.

No me rendí y, finalmente, una serie de acontecimientos me llevó a conocer a un hombre, Vishnu, que hacía muchos, muchos años que se dedicaba a la fabricación de inciensos. Me dijo que me enseñaría sus secretos pero con la condición de que no vendiera mi producción al mercado local, y le aseguré que sólo iría dirigida a la exportación.

Soy consciente de que aquel hombre no me lo contaba todo, pero sí me enseñó las bases necesarias para entender cómo se construía una vara de incienso.

El primer incienso que hizo la fundación se llamaba Om Sandal Wood. Se trataba de coger una madera de sándalo y cortarlo a trocitos muy pequeños para después hacer un polvo y con este polvo construir la varita. Pero este proceso aparentemente tan sencillo me llevó a descubrir que cada árbol, cada tronco, tronquito, rama y ramita son diferentes

entre sí. La madera de sándalo se puede dividir en 32 cualidades. Por lo tanto, era casi imposible asegurar que el incienso tendría siempre el mismo olor.

Producimos las primeras 200 varitas y después las dejamos secar durante tres días, tal y como marcan los protocolos; por la noche, en la habitación, encendí la primera. Para mi sorpresa, vi que hacía mucho menos olor que cualquier otro incienso de la India, porque no llevaba elementos químicos, expansores, ni carbón. De hecho, era como quemar un trozo de madera, pero mientras tenía la varita entre mis dedos sentí como algo dentro de mí decía que de pequeñas cosas se pueden hacer grandes industrias, y entendí que tenía que continuar adelante. Así nació el Kumary House Natural Incense.

El mundo del incienso es como el de la alquimia; te permite jugar con los componentes de la naturaleza, investigar, experimentar. Es un universo mágico que te abre a un espacio nuevo de creatividad y posibilidades donde cada paso es como un nuevo descubrimiento. Es fascinante ver como las maderas, las hierbas y las especias se combinan para dar vida a nuevos aromas, nuevos olores.

Tengo que confesar también que he tenido mucha suerte. Un día apareció un monje budista y me dio una fórmula ayurvédica de más de 5000 años de antigüedad. Más adelante, encontré a un representante de incienso de la iglesia ortodoxa, un Pope griego de casi dos metros de altura, a quien le caí bien porque le hablé cuatro palabras en griego. Quiso ir a ver la fundación y durante todo el día estuvimos hablando de inciensos; una conversación que me aportó nuevos conocimientos.

Todavía hoy estamos constantemente investigando y recuperando fórmulas históricas, con ilusión por conseguir el mejor incienso natural del mundo, entendido como un regalo a la humanidad. Creo que somos los únicos que realizamos la locura de hacer cajas con papel natural y pintadas a mano, una por una, por artistas tibetanos.

Cada año progresamos tanto en calidad como en ventas. Actualmente estamos exportando a España, Italia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos y Canadá. Pero siempre en cantidades muy limitadas.

Aunque, viendo la gran demanda, podríamos plantearnos la opción de abrir una fábrica, somos partidarios de basarnos en un sistema de fabricación distribuida, donde la gente, principalmente mujeres, puedan trabajar en casa y a su vez atender a sus obligaciones. Este sistema permite la ausencia del coste de organización que supone una fábrica, y ello revierte directamente en la gente que trabaja.

Actualmente la fundación está dando trabajo a unas 20 familias de manera directa. A su vez, los beneficios que se obtienen van dirigidos a apoyar, por un lado, la alfabetización de las mujeres, ya que por cada 7 cajas de inciensos que se venden una mujer más puede aprender a leer y escribir. Por el otro lado, se compra ropa y se financian pequeños proyectos. Sin olvidar que un 10 % total se utiliza para crear un fondo que servirá para ayudar en caso de emergencias.

En definitiva, el taller de inciensos ha contribuido a dignificar la Fundación. Todos aquellos que dedicamos en esto tiempo y esfuerzo, sobre todo las mujeres de la casa y Bhim, sienten que contribuyen con su trabajo a que esta aventura continúe hacia adelante, sin depender únicamente de las ayudas que llegan de la otra punta del mundo.

7 Desarrollo rural

Cuando Indra volvió a su pueblo fui un día a visitarlo y quedé maravillado de la belleza de aquel lugar. Indra vivía en un paraíso, rodeado de bosques frondosos y de terrazas de cultivo, dispuestas con un sentido estético impecable. En el horizonte, estoicamente, se alzaban los Himalayas, imponentes, hipnotizantes. Observaba aquel lugar encantado y de repente se me ocurrió una idea fantástica: ¡criar pollos!

No se trataba de construir una granja de pollos, sino de aprovechar aquel entorno tan magnífico para que los pollitos crecieran en total libertad, y dejar que ellos mismos seleccionaran aquello que quisieran comer, rodeados de paz y tranquilidad. En definitiva, criar pollos felices.

Ya teníamos el nombre del proyecto: “Happy Chicken”. Pero la cría de pollos era sólo el principio de esta gran empresa..., aprovechando que el pueblo de Darapani y sus alrededores era lugares de paso de trekking, pensamos en crear pequeños restaurantes en el recorrido que ofrecieran a los excursionistas hambrientos todo tipo de comida derivada del pollo: pollo asado, tortilla de patatas, hamburguesas, croquetas, hamburguesas de pollo, pollo rebozado, etc.

Los restaurantes tendrían que estar colocados de manera que sólo estuvieran a unos kilómetros los unos de los otros, para que el olor a pollo asado fuera penetrando a través de los caminos y así lo notaran los caminantes que se acercaran al pueblo.

Llegamos a un acuerdo Indra, Utsap y yo y llevamos hasta el pueblo cien pollitos; sólo uno murió por el camino, por suerte a pesar la fragilidad de estos animalitos.

Dejamos allí los pollitos, felices, campando libres en este paraíso terrenal y volvimos a Katmandú, soñando que en un año nuestra cadena de restaurantes “Happy Chicken” sería realidad y que poco a poco se podría ir extendiendo a otros pueblos, ofreciendo a los excursionistas la carne de pollo feliz que a ellos les haría seguramente felices también. Llamadme idealista...

Unos meses después Indra nos avisó de que de aquellos cien pollitos sólo quedaban cuatro vivos. Resultó que en aquellas montañas había muchas águilas, que habían saboreado la carne de los pollos felices. Los cuatro que habían sobrevivido habían quedado delgados y enclenques, de tanto correr para escapar de los depredadores y salvar sus vidas.

Esto me enseñó que, cuando empiezas un proyecto en la tierra, no está de más antes echar un ojo al cielo.

Por suerte, no todos los proyectos de la zona rural sufrieron la misma desgracia que el proyecto Happy Chicken, y hasta el día de hoy hemos contribuido de formas distintas al desarrollo de algunos pueblos como Darapani, Katiké y Basari, así como otros pueblos a su alrededor. Carlos Torres fue uno de los impulsores de estos proyectos. Actualmente en la zona rural tenemos sponsorizados a más de 300 niños de distintos pueblos.

También en Darapani se empezaron a organizar las primeras clases de alfabetización de mujeres, que pronto se extenderían al resto de pueblos. Viendo todas las precariedades de estos lugares se nos ocurrió otorgar premios a los mejores estudiantes de cada curso. Pensamos que el primer premio podía ser un búfalo, el segundo una cabra y el tercero una gallina. Pero las mujeres nos dijeron que la diferencia entre el primer premio era demasiado acentuada y que sería quizá mejor regalar una cabra grande, una mediana y otra pequeña.

En vistas del éxito que tenían las cabras entre las mujeres del pueblo y coincidiendo con la visita de un empresario del norte de España, Jesús, arrancamos el **Proyecto Cabra**, augurando un plan con visión empresarial al que nombraríamos el 2x1. Con la inversión inicial de mil euros se compraron cabras que se repartieron entre las familias más pobres de cada pueblo. El trato consistía en que una familia recibía una cabra y pasados dos años, cuando ésta hubiera criado, tenía que devolver dos.

A partir de aquí se crearon comités de mujeres que nacieron del clima propicio surgido de las clases de alfabetización. Estos comités son los encargados de recibir estas dos cabras y distribuirlas entre el resto de familias que todavía no tienen cabra. Cuando en un pueblo todas las familias tienen cabras, el excedente se da a un pueblo vecino y así se repite la operación: por cada cabra recibida se devuelven dos a un nuevo comité que se formará.

Actualmente el pueblo de Darapani está dando su excedente de cabras a su vecino pobre, Patap. Y este año, en vistas de las fiestas del Dasain, un pueblo nos ha llevado una cabra a la Kumary House, para que los niños puedan comer un buen cocido de cabra en estos días de celebración.

Estos comités continúan trabajando para ver cuáles son las necesidades de la comunidad, agua, árboles, luz, chimeneas, carreteras, formación...¿Quién mejor que las mujeres para conocer las verdaderas cargas de su pueblo, su realidad y sus hijos? Una vez más llegan las necesidades y con ellas el apoyo de diferentes personas y grupos que hacen posible que podamos seguir con el desarrollo de las zonas rurales.

Este año se han construido 60 chimeneas en las casas más pobres de distintos pueblos. Aquí la gente todavía cocina con leña, hacen una hoguera dentro de casa entre tres piedras, que servirán de soporte para la olla. El humo llena toda la casa, buscando algún agujerito, puerta o ventana por el que escaparse. Las bases queman durante todo el día, sin descanso, siempre a punto para cocinar o para calentar el agua. Las paredes hechas de adobe se tiñen de negro y la respiración se hace difícil. Construyendo una simple chimenea conseguimos que familias enteras dejen de respirar humo durante todo el día.

Otro proyecto en el que se está trabajando, con el apoyo de amigos de Italia, es la creación de **Bibliotecas Rurales**, también supervisadas por el comité de mujeres. Allí tanto las mujeres que han aprendido a leer y a escribir como el resto del pueblo puede acceder a libros educativos de distintas temáticas. De modo que los libros vayan circulando de unos a otros, y cuando se hayan leído todos, se puedan intercambiar con otro pueblo.

8 Proyecto Barrio

Una de las cosas que más me interesó al iniciar la fundación era descubrir cuáles son las causas de la pobreza y cuáles son las soluciones posibles. Y descubrir si se podía encontrar una fórmula capaz de hacer que las personas nacidas en el entorno de pobreza pudieran salir de este laberinto.

La mejor fórmula que conozco hasta ahora es la del trabajo. En la fundación no hablamos de caridad, de este tipo de caridad que crea dependencia y pasividad. Nosotros hablamos de invertir en el progreso, en la evolución de las personas y sus respectivas comunidades. De aquí la escolarización de niños, los programas de alfabetización, el desarrollo rural, los talleres de incienso y de costura, etc.

Pero hay personas a las que se les hace realmente difícil salir de este laberinto de pobreza, personas que no pueden beneficiarse de nuestros proyectos y que viven, además, en un país donde no hay ningún tipo de ayuda a la pobreza. Para estas personas nació el Proyecto Barrio en enero de 2006, gracias a la iniciativa de Alex Galí.

Me gustaría hablaros de una familia, la familia de una de las niñas que vive en la Kumary House. Su madre quedó viuda con dos hijos, un niño y una niña, y se casó de nuevo con un hombre ciego. Durante algún tiempo intentaron buscar algún tratamiento para su ceguera, pero todos los médicos les dijeron que no había nada que hacer.

Esta mujer, acompaña cada día a su esposo al templo a pedir caridad. Viven en una habitación de un metro y medio por dos, sin agua, sin ventanas, en un entorno de miseria extrema. Duermen en el suelo sobre unos sacos; en la habitación no hay ningún mueble, sólo la estufa de queroseno que se enciende cuando hay algo que comer. La única salida, la única esperanza que les queda es que sus hijos puedan cuidar de ellos cuando se hagan viejos.

Conociendo situaciones como ésta he comprendido que la caridad es en algunos casos absolutamente necesaria.

Actualmente, gracias a la asociación Namaskar en Madrid, podemos dedicar algún dinero al Proyecto Barrio. En estos momentos hemos detectado seis familias más que viven en condiciones tan precarias como la que acabamos de exponer, pero somos conscientes de que son muchos más. Y el problema principal no es (aunque que también lo sea) suministrar ayudas materiales, sino sobre todo transmitir una luz de esperanza a estas personas que, después de tantos años de malvivir, parecen incluso acostumbrados a este entorno miserable, en el que se han tenido que adaptar por necesidad, porque no han podido encontrar otra salida.

Trabajamos para apoyar a sus hijos, mediante los apadrinamientos, para que puedan tener estudios, formarse, encontrar un trabajo, hacerse cargo de sus padres en un futuro no tan lejano.

Quizá lo más conveniente sería que el Proyecto Barrio contara con dos asistentes sociales que visitaran a estas personas, las escucharan y las orientaran. Y si alguna de estas familias consiguiese dar un paso adelante, salir de esta cárcel forjada por la

miseria, esto podría ser un ejemplo para muchas otras familias a las que la sociedad excluye porque piensan que este es su destino, su Karma, porque en otras vidas hicieron algo mal.

Empiezo a entender que el sistema de castas en Asia es un sistema de menosprecio entre sociedades que viven en el mismo entorno. Pompas de colores dentro de una gran pompa gris, desde donde es muy difícil cambiar la situación. A veces parece que todo esté inevitablemente condicionado y establecido de modo que, las sociedades viven en sus propios entornos culturales ignorando a los que viven más allá.

Aquí la miseria no conmueve a la gente porque es ya parte “natural” de la vida, e incluso hay gente que no mira con buenos ojos el trabajo social. Los ricos son ricos y los pobres son pobres, y así se ha establecido desde siempre y así creen que tiene que seguir. Forma parte de su cultura desde hace millones de años y nosotros intentamos cambiar alguna cosa que les pertenece. Es como si vinieran a nuestra sociedad y nos intentaran vender que su sistema de castas es el mejor de los sistemas sociales, cuando desde hace siglos hemos sido educados con otras bases culturales...y si bien podríamos llegar a entender su idea, en la práctica costaría mucho de aplicar.

Para ellos somos nosotros los intrusos, los “peta pompas”, los que decimos que todos somos iguales, los que predicamos la paz mientras bombardeamos el mundo hablando de daños colaterales con una media sonrisa.

Intentamos luchar contra la corrupción, sabiendo que muchos gobiernos que envían dinero a otros gobiernos son conscientes de que compran voluntades, y no de que ayudan..., abriendo nuevos mercados para sus productos.

Hablamos de ecología e infectamos sus mercados de plástico y de latas de refresco, y quizá nos dicen ¿qué es lo que tenemos que hacer?... Compramos sus productos a bajo coste, pagamos salarios que nos permiten enriquecernos y les llenamos las montañas de basura que después se tendrá que recoger; pero ellos son pobres y creen que la única manera de salir de la pobreza es con dinero, dinero que se piensan que nos roban, ya que constantemente ven que podemos viajar y estar en hoteles de lujo.

La mayoría se acercan a nosotros porque piensan que tenemos dinero sin límites y aquí, en Asia, un poco de dinero es una gran diferencia. En esta diferencia recae tener un colchón, una cama, queroseno y algo que comer...y si es posible, niños escolarizados como esperanza de futuro para la familia y el país.

Aquí, como en todos los sitios, quien tiene dinero es respetado, por lo tanto, mejor tener que dar, porque en un país donde no hay seguridad social, ¿quién sabe qué pasara en su vejez? De este modo piensan que la corrupción es más económica que la normalidad.

El Proyecto Barrio hace que nos enfrentemos directamente a las miserias de un país que, como muchos dicen, podría ser la Suiza de Asia, si no fuera por..., y por..., y por..., y además por...

Niños por la calle, falta de trabajo, falta de industria, falta de alimentos y, en definitiva, falta de esperanza...conviviendo con teléfonos móviles, coches de lujo, televisores de

plasma y hoteles de mil estrellas, para aquellos que han sabido canalizar el dinero que procede del turismo.

Incluso así, entre tanta noche he encontrado también estrellas, personas conscientes de que, si no se hace algo, el remolino acabará tragándose a este país, apartándolo del progreso.

¿Qué podemos hacer en medio de este caos? ¿Qué hacemos aquí cuatro locos, apoyados por gente de otros países intentado abrir camino a los que quieren avanzar? Pues justamente eso, ayudar a los que realmente quieren seguir caminando, intentando alejar a aquellos que podamos de la espiral de la miseria. Luchar contracorriente, mientras somos tratados de locos o de idealistas, para prometer que, tras el laberinto, hay un espacio donde todos podemos vivir en un mundo con menos diferencias sociales y más paz.

Estamos locos, es verdad, pero nuestra locura se traduce en esperanza, en ilusión, en ideales que hemos venido a compartir en un país catalogado como uno de los más pobres del mundo.

El Proyecto Barrio no es un proyecto de progreso, sino que se trata principalmente de un proyecto de emergencia, de rescate, sin mirar más allá de aquello que es puramente humanitario.

No hay progreso, sino una mano que se acerca a otra mano, sin más.

Action Health Katmandú

Varanasi o Benarés es conocida como la ciudad sagrada de la India y, para algunos, la ciudad más antigua del mundo. Aquí las aguas del río Ganges resiguen de un extremo a otro el perfil de la ciudad, acariciando los ghats, donde miles de personas de todo el mundo se reúnen para rezar, bañarse o simplemente donde vienen a morir. Deshaciéndose de sus cuerpos en los crematorios, simbolizan el retorno a la gran madre, la madre del Ganges. Morir en Varanasi es nacer de nuevo a través de las llamas del fuego purificador.

Esta ciudad siempre me ha impresionado por sus gentes y por la fuerza con la que se venera el río. Cuando el sol se esconde, llega la hora de la “Puja”. La gente se acerca al río, el río parece esperar su llegada. Las campanas de los templos suenan y todas las voces se convierten en una sola voz que irá recitando los versos sagrados, mantras dedicados a los dioses. El fuego y el incienso humean entre la multitud que, poco a poco, se irá acercando al Ganges para purificarse con su agua y depositar las ofrendas.

En este momento, el río se llena de barcas llenas de gente. La imagen, vista desde el río, se invierte, el escenario deja de ser el Ganges y pasa a ser los ghats de la ciudad, la gente hace ofrendas y en el horizonte el sol se pone, enrojeciendo el cielo, cambiando de color a cada instante mientras tiñe de sombras los palacios centenarios que presiden cada uno de los ghats.

Es difícil describir qué es aquello que hace tan especial este espacio de mundo y su río.

Recuerdo que mi hijo Miguel tenía unas manchas rojas en la piel, que no se le iban aunque habíamos visitado los mejores dermatólogos de Barcelona. Habíamos probado con todo tipo de pomadas, algunas hechas especialmente para su problema, pero las manchas no sólo no desaparecían, sino que incluso se extendían lentamente por su cuerpo de solamente doce años.

En uno de nuestros viajes llegamos a Benarés a visitar a unos buenos amigos y el primer día, para celebrar el encuentro, nos fuimos al Ganges con ellos. No os puedo decir por qué, pero a partir de aquel día las manchas empezaron a desaparecer y al final de nuestro viaje por India ya habían desaparecido completamente.

En Benarés encontramos a Ana y a Bernard. Una pareja de médicos que trabajan en esta ciudad mágica dedicando sus vidas a tratar a los enfermos a los que nadie quiere tratar, a aquellos que no son admitidos en hospitales y especialmente a las mujeres quemadas “accidentalmente” por sus propios maridos que buscan volver a casarse otra vez y cobrar de nuevo una dote de la familia de la nueva esposa.

Hablar de Benarés nos llevaría muchas páginas, todas llenas de colores, de olores, de densidad...y de calor. Un calor asfixiante y húmedo que debe irse cortando a medida que uno avanza por las callejuelas estrechas, mientras se cruza con los niños, vacas, hombres y cadáveres envueltos con celofán brillante, transportados en camilla para incinerarlos en el río.

El calor fue una de las causas por las que no empecé la fundación en Benarés. Os puedo asegurar que es una ciudad única en el mundo, a la que, por su antigüedad, a mi me gustaría nombrar Ben-Arasi, en hebreo el hijo de Arasi; me queda por descubrir quién era ese Arasi, si es que existió.

Ana y Bernard nos vienen a visitar de vez en cuando en la Kumary House, y cada vez que suben las escaleras hasta llegar a la cocina lo hacen con una sonrisa, con una mirada llena de luz. Siempre visten de blanco con gran sencillez y los ojos azules de Bernard destacan sobre su piel como dos turquesas. Una mirada que si contara todo aquello que ha visto en estos cuarenta años trabajando en las calles, llenaría un infinito de imágenes.

Bernard y Ana, Ana y Bernard, unidos por un amor inmenso, nos inspiraron a imitar su trabajo a pequeña escala. Nos enseñaron como limpiar las heridas de los que sufren impétigo, una infección de la piel muy frecuente en Nepal que se contagia con mucha facilidad.

Manju sale cada mañana de la casa, acompañada de los primeros rayos de sol, dirección al templo de Machindranath o Templo de las Palomas. Allí se reúne mucha gente pobre a pedir, madres con sus hijos, gente mayor sin techo. Manju carga una mochila donde lleva una caja de medicamentos y de vendas para poder hacer curas.

Es pronto por la mañana, hora en que la gente va a hacer la primera plegaria y las ofrendas a las divinidades. El templo, que se eleva justo en medio de una pequeña plaza, acerca a aquellos que, a su alrededor, se sientan en el suelo, uno al lado del otro, pidiendo caridad. Cada uno tiene a su lado un pequeño saco que poquito a poco se va llenado del arroz que algunas almas caritativas ofrecen como una limosna al salir del templo.

Manju se acerca a una chica joven rodeada de niños, son sus hijos, tiene cuatro y está embarazada de ocho meses. Ella también se sienta en el suelo con un saco vacío de arroz enfrente. Manju le pregunta cómo se encuentra y ella, con una sonrisa, le contesta que bien.

A su lado, un hombre que se dirige a Manju levantándose el pantalón, detrás de la tela aparece una herida que a primera vista parece una quemadura pero, en realidad, se trata del impétigo. Manju saca la caja de curas, se pone unos guantes de látex y se pone a curar la herida de este pobre hombre, con unas gasas y un poco de yodo. Uno de los objetivos es poder tratar este tipo de heridas ya que son altamente contagiosas.

Mientras acaba las curas llega un hombre más joven que se queja de dolor en el pie. Es el padre de una de las niñas más pequeñas de la Kumary House. Cuando era muy pequeña sus padres la usaban para ir a pedir caridad, hasta que la fundación se hizo cargo de ella. Seguramente ahora le esperará un futuro mejor a la pequeña Mushcan, quién sabe...quizá en unos años podrá ayudar a sus progenitores a salir de este pozo sin fondo en el que todavía viven.

Este proyecto que justo ahora está empezando y que esperamos que pueda ir creciendo se llama Action Health Katmandú o sanidad en la calle. Su objetivo es poder dar asistencia médica a todos aquellos que no pueden acceder a ella. A los hombres, mujeres y niños que viven pidiendo en templos como este.

Seguramente nunca podremos abrir una fundación en Benarés, pero Ana y Bernard llevaron un trocito de Benarés aquí con nosotros...y con ellos, las aguas curativas del Ganges que fluirán aquí en Katmandú.

10 El Casal

Uno de nuestros últimos proyectos se titula El Casal. Este proyecto ha nacido gracias a la ayuda de Fundación Esparza Monforte, Adfisret y Namaskar en junio de 2006.

El Casal es un punto de encuentro creado para todos aquellos que viajan a Nepal, ya sea como turistas o como voluntarios o incluso para aquellos que se esfuerzan en difundir la solidaridad y la cooperación en el mundo. Nació fruto de la unión entre diversas personas y entidades dedicadas al mundo de la solidaridad. Gracias a su experiencia y visión personal de los mecanismos de cooperación, hemos conseguido crear un centro solidario, cultural y de ayuda al viajero. Nuestra filosofía es muy clara: trabajamos con pocos recursos, integrando el esfuerzo de la comunidad local con la total transparencia y luchando contra la corrupción.

Las líneas de acción propuestas por el Casal son diversas. Por un lado, trabajamos en lo que nombramos el turismo solidario, atendiendo a los turistas y a los visitantes de Nepal, tanto dando información que les pueda ser de utilidad como ofreciendo asistencia frente a posibles contratiempos. También se organizan rutas solidarias y cursos personalizados en diferentes temáticas, como pueden ser nepalí, cocina, danza, medicina ayurvédica y tibetana o conferencias sobre otros temas.

Por otro lado, apoyamos proyectos humanitarios como la alfabetización de mujeres, cursos de formación ocupacional, escolarización, desarrollo rural, etc. Siempre abiertos a nuevas iniciativas y a una mayor participación.

Nos encargamos también de repartir directamente a los más necesitados todo aquello que los visitantes quieran dejar: ropa, medicamentos, libros, material escolar, etc. Y, en el caso de que no nos lo puedan hacer llegar directamente, ofrecemos un servicio de recogida. Los medicamentos que recogemos son de gran utilidad para el desarrollo del proyecto Action Health Katmandú.

El Casal tiene una sede física situada en el corazón de la ciudad de Katmandú, concretamente en el Barrio de Thamel, y una sede virtual www.casalnepal.org. Aquí podemos encontrar información sobre cooperación internacional, atención al viajero y voluntariado. En el forum de trabajo los amigos y amigas del Casal nos encontramos para compartir experiencias y recibir o facilitar información práctica y actualizada sobre Katmandú y otros destinos de Nepal.

El Casal es una idea nueva que se va gestando poco a poco; es un proyecto que aunque está justo ahora naciendo, lo hace con mucha fuerza y con un amplio abanico de posibilidades de futuro, que, de momento, no sabemos hasta dónde nos llevarán. El casal es el hogar de todos, una nueva aventura con sus incógnitas y sus intrigas, pero al fin y al cabo, una nueva historia que nos gustaría escribir entre todos.

11 Reflexiones

Quizá con todo este tiempo la única cosa de que puedo estar completamente seguro es que siempre, incluso con dificultades, debemos tirar adelante...

Con frecuencia me pregunto a mí mismo hacia dónde estamos yendo, cuál será el futuro de esta gente y de todos nosotros, a dónde nos llevará todo...y la respuesta es siempre la misma... ¡no te pares, continúa caminando!

Cuando empezamos con esta aventura, lo hicimos con una promesa y una esperanza. De algún modo sabíamos que, a medida que fuéramos avanzando, nos encontraríamos con lo necesario por el camino. Pequeñas piezas que siempre habían estado allí esperándonos para poder encajarse entre sí y encontrar su lugar en el puzzle del destino. No es necesario tener cuando empiezas, sino que cuando haces encuentras lo necesario.

Han pasado cinco años desde que empezamos este proyecto y la lógica de las cifras nos continúa diciendo que, de seguir así, no saldremos adelante. Incluso así, todavía ahora y aunque siempre en el límite, seguimos adelante, no nos falta de nada y nada nos sobra y así día a día caminamos un poco más allá.

No tengo una bola de cristal a mi lado, la olvidé no sé dónde, si es que tuve alguna algún día; pero en estos años he visto que la ayuda internacional ha de cambiar mucho y pasar de ser administrada en grandes estructuras a ser generada por pequeños proyectos dirigidos por personas con una mentalidad creativa. Las pequeñas comunidades son fácilmente auto sostenibles y capaces de ayudar realmente a su entorno, mientras que las grandes estructuras ya tienen suficiente trabajo en financiarse a sí mismas.

Las grandes instituciones necesitan gastar mucha energía y presupuestos para mantener sus propias estructuras, y en muchos casos los gastos de estructura superan lo que cuestan los proyectos para los que han sido creadas. De tal modo que, como me dijo mi amigo Enric: “no se vive para los pobres sino que se vive de los pobres”.

Se me pone la piel de gallina cuando alguien dice que es un profesional de la cooperación internacional y veo que se aloja en los mejores hoteles de Katmandú, consumiendo en un día lo que no llega a consumirse en un año en un pueblo.

Miro Nepal y veo los millones y millones de dólares que llegan cada año como ayuda internacional y veo también cómo estos se pierden por el camino sin llegar a la gente para la cual este dinero se recauda. Demasiada estructura para unos pobres que continuarán siendo pobres, mientras se decide cómo se van a utilizar estos grandes presupuestos.

Con mucha frecuencia asociamos ayuda con dinero y nos olvidamos de que si, por ejemplo, a una persona que se está ahogando en un río le damos una bolsa de monedas, de poco le servirá el dinero en estos momentos. Asimismo, de nada sirve entregar dinero si no se pueden utilizar con autosuficiencia para el progreso de los pueblos o para la evolución de las personas necesitadas de una forma directa.

Nos cuesta entender cómo es posible que se envíen millones de dólares a la administración de un país del que se sabe internacionalmente que es corrupto y no se pongan los medios necesarios para controlar cómo se distribuyen estas ayudas. Y esto nos lleva a pensar que una cosa es la ayuda internacional profesionalizada y la otra la ayuda humanitaria directa.

Para ayudar no se necesita una gran cuenta corriente, sino un poco más de alma.

He conocido aquí a muchos voluntarios que podrían empezar su propia aventura humanitaria tirando adelante proyectos que beneficiarían a la gente más necesitada. Veo voluntarios que tienen alma y un presupuesto muy pequeño y a los que les asusta no tener soporte económico cuando, en realidad, todo lo necesario está previsto para que puedan empezar.

Cuando salimos de nuestro propio laberinto descubrimos un espacio inmenso que se rige por otra lógica; donde todo lo que necesitamos ya nos está esperando, donde no sucede nada que no deba suceder, y donde pasa aquello que tiene que pasar. Las paredes de este laberinto se llaman miedo, y el miedo no es más que una niebla que se puede traspasar con la esperanza.

Decía Martin Luter King: “El miedo llamó a mi puerta, fui a abrir y no había nadie”.

Me gustaría hablaros de una mujer que empezó su aventura sin presupuesto, tan solo con ilusión. Un día descubrió en unos de sus viajes un pueblo perdido entre las montañas del Nepal, donde faltaba de todo. Quería ayudarlos a progresar y empezó de un modo muy simple: hizo fotos de los 25 niños más pobres del pueblo, con la ayuda de un amigo creó una página *Web* y buscó padrinos para aquellos niños. Pronto amigos y amigas le ofrecieron ropa, material, ayuda económica e incluso algunos se ofrecieron voluntarios para el proyecto. Así, de una manera sencilla, paso a paso, en este pueblo se escolarizaron a todos los niños y niñas en un colegio con agua, luz y los medios adecuados.

Todas las mujeres fueron alfabetizadas y en cada casa había un par de cabras que cada año daban a luz a más cabritas. Este pequeño pueblo se convirtió en un pequeño paraíso, con árboles, flores, leche, miel, y con el tiempo este pueblo empezó a compartir con sus vecinos los progresos. Esta señora es Ana Ferrán y su aventura humanitaria tomó el nombre de “Tierraaguaysol”; pero podría tratarse también de ti y de tu aventura humanitaria. Porque nunca es demasiado tarde ni demasiado pronto para realizar tus sueños y siempre puede empezarse con cosas pequeñas.

¿De qué pueden servirle a la paloma sus alas, si tiene miedo de volar?

Tu Proyecto Barrio puede ser tu propia casa, atendiendo a las necesidades de tus vecinos, de tu pueblo, de tu ciudad, de tu país o del mundo..., estés donde estés, porque el lugar no tiene importancia, lo que realmente importa son tus sueños y estos pueden realizarse. Sólo se necesita internarlo.

En todas las empresas hay dificultades, pero las dificultades son lecciones, experiencias para superar, y es al caminar cuando aprendemos las cosas que no se pueden aprender encerrados en una prisión llamada seguridad.

A veces me escriben desde distintos puntos del mundo personas que quieren ser voluntarias durante unos días o unos meses en la fundación.

La experiencia no siempre ha sido buena. Hay gente que busca viajar de forma económica alojándose en una fundación y, en realidad, no sólo no aportan nada a los niños, sino que además terminan marchándose porque les faltan iniciativas.

Pero también hay voluntarios que pasan a ser una parte entrañable de esta familia, que vienen realmente a trabajar, a colaborar y que consiguen crear nuevos proyectos o mejorar los existentes. La lista de voluntarios que han hecho “historia” aquí es muy larga, como también lo es la lista de voluntarios que apoyan nuestros proyectos y tienen iniciativas desde otras partes del mundo.

Me gustaría hablaros de Oscar Navarro, conocido como Anskari, un cazador de sueños que estuvo en la Fundación como voluntario. O mejor, os hablará él mismo con sus propias palabras:

“Había una vez, o dos, o tres...un niño que tenía un sueño: ser payaso.

El niño había nacido y una señora muy seria, la Realidad, y su impresentable marido, el señor Tiempo, hicieron que su sueño se durmiera en una nube de indiferencia y resignación. Estudió y no aprendía nada, y una vocecita que nadie veía, porque estaba en su interior, le dijo:

— Olvida aquello que has aprendido y empieza a soñar—.

¿Sabéis de quién era la vocecita? Del Sentido Común, el más común de los sentidos, pero el menos utilizado. Él intuía un camino en el que la imaginación podría cambiar la realidad. Pero los mayores le gritaban y repetían:

—Tienes que ser realista, tocar con los pies en el suelo, afrontar la realidad, centrarte para ser un hombre de provecho.

—Y... ¿Qué necesito para ser un hombre de provecho?

—Dinero.

Para los mayores la solución de los problemas es ganar dinero. Y si tienes dinero podrás comprar lo que quieras, opinan.

Se puso a trabajar con niños, para recuperar su sonrisa e intentar hacer sonreír a aquellos que no reían nunca. La infancia de estos niños era tan terrible que crecieron demasiado rápido y quizá por eso nunca llegaron a ser niños. Por eso lloraron tanto y sus ojos no sabían ya sonreír.

Un día, el señor amarillo le hizo cosquillas y su buen amigo, el viento, confidente del silencio y guardián de todas las respuestas, le silbó al oído un secreto, tan flojito que casi no pudo oírlo. Y el silbido mágico de sus palabras despertó la nube vaga gris y tozuda que tapaba el sueño.

Al verlo, se le iluminó la mirada y la imaginación le cogió de la mano para empezar a caminar. Y así fue cómo él recuperó su sueño y renació en él el niño que llevaba

dentro. Accedió a recorrer el mundo, nómada, buscando el infinito, para encontrar el hilo invisible, para buscar lo imposible y luchar para que sus sueños se hicieran realidad.

Cuando Anskari llegó a la fundación, el vertedero de basura de este barrio estaba lleno de niños, hijos de inmigrantes indios, que buscaban plástico y metal entre los escombros.

Anskari les invitó a asistir a clase, donde les esperaba vestido de payaso. Junto con ellos, dibujando, haciéndolos sonreír, les hacía olvidar el miedo que tenían a ir al colegio oficial.

Muchas veces, al salir a la calle preguntaban: — ¿Y Oscar? ¿Dónde está Oscar?— Yo les decía: —Está siempre con vosotros, en vuestros sueños, con vuestras esperanzas. ¿Cuál es hoy vuestro sueño?— Ellos me dijeron: —Nos gustaría ir al colegio—. Así fue como empezó un proyecto muy corto, la **Escuela Chaló**, donde se trataba de preparar a los niños para que pudieran ir a la escuela oficial. Durante seis meses aprendieron lo necesario, la lengua nepalí, a leer, a escribir, a dibujar, y todos fueron admitidos en el colegio Balbikash. Hoy lucen sus nuevos uniformes con otros niños y niñas y les espera un futuro mucho mejor que el de buscar entre la basura del barrio; todo porque Anskary supo despertar y hacer realidad sus sueños... *"Un nómada a la búsqueda del infinito, que decidió recorrer el mundo y luchar para hacer realidad todos sus sueños"*. Y lo consiguió.

También hay voluntarias inolvidables, entre ellas Daniela de Padua. Con el grupo de Italia teníamos un pequeño problema; si bien hablando nos podíamos entender, medio en italiano, medio en español, cuando era el momento de escribir necesitábamos una traductora, y esta era Daniela. Una vez más, todo estaba previsto.

Hablar de la Daniela de Padua, de los amigos de Italia, **Tencarola** y **Grupo Om**, es hablar de una Venecia eterna, donde el amor fluye por sus canales, donde crecen jazmines y se exalta la pasión. Y en este entorno ella siempre está al servicio y dando a la Fundación. Padua y Kumary House están unidas permanentemente por un lazo eterno, que se puede ver cada día si se quiere con los ojos del amor.

Cada persona que se une a esta aventura tiene un sentido. Son piezas que encajan en el momento oportuno, para ir construyendo este proyecto, del que no podemos predecir la forma que tendrá en unos años. Sencillamente, nos pusimos a caminar un día, como nómadas que descubren el camino a medida que avanzan. En este camino hemos encontrado nuevos amigos y, aunque desconozco el cuándo y el qué, sé que todo llega cuando tiene que llegar, que todo tiene un sentido.

A veces pienso que, desde que nacemos, el transcurso de nuestra vida se modifica por cada persona que encontramos en el camino. Cada persona a la que escuchamos y que nos escucha cambia de algún modo nuestras vidas y nos permite tomar decisiones que pueden transformar las cosas. Algunas de estas personas son fundamentales para poder tirar adelante, otras parecen insignificantes pero allí están y sin ellas el día de hoy sería distinto.

Por ejemplo, en uno de mis viajes al Reino Unido, una chica joven me regaló su billete de avión porque ella se había enamorado de un chico en Barcelona y no quería volver a su país.

Sin pensarlo dos veces ya estaba en el aeropuerto de Londres. Allí un policía me preguntó si yo era aquella chica. Evidentemente no, ni mi nombre podría ser inglés ni mis ojos, ojos de chica azules. Aquella noche me podrían haber hecho volver a mi país, pero no sé por qué, un policía de cargo superior me preguntó que qué quería hacer en Londres y les respondí que visitar el British Museum. Me miró y estampó el sello de entrada en mi pasaporte, y siguiente...

Mi vida está llena de situaciones como esta, donde la decisión de una persona en un momento determinado es capaz de cambiar la trayectoria de los acontecimientos.

A fuerza de caminar más de cincuenta años, he conocido culturas diferentes, distintas religiones y creencias, personas y situaciones únicas. Me hubiera gustado hablaros de todas estas cosas y de cómo mi historia se ha reconducido hasta aquí, una historia que no hubiera sido como es ahora si las cosas hubieran ido de otra manera. A todas estas cosas, a todas estas energías invisibles que actúan a través de las personas, de las culturas y del tiempo, a todo esto que no podemos ver pero que está aquí como el aire, lo he nombrado vida. Y a lo que conduce y dirige esta vida desde el principio de la existencia me gustaría llamarlo providencia.

Soy plenamente consciente de que si estos niños y estas mujeres tiran adelante no es por mi mérito propio, sino que la providencia está con ellos más allá de las limitaciones. Una providencia que fluye a través de las personas, como fluyen los ríos después de las lluvias.

Quiero disculparme si no he nombrado en este pequeño libro a cada persona que he conocido. He intentado simplificar al máximo para hablar más de la fundación, pero podéis estar seguros de que os recuerdo a todos y os llevo a todos en este viaje. Por eso quiero daros las gracias por ser parte de mi vida, de la vuestra y de la vida de los otros. A todos vosotros, a todas las personas que he conocido y conoceré, que formáis parte de esta inmensa providencia que hace que el mundo sea un poco mejor. Gracias en nombre mío y en nombre de todos estos niños y mujeres del Nepal.

Continuamos caminando hacia la luz...descubriendo nuevos horizontes situados más allá de las dificultades y, al final, si es que hay un final, descubriremos que no hay cosas grandes ni pequeñas, que no somos nosotros los que hemos cambiado el mundo, sino que es el mundo el que nos cambia a nosotros mientras construimos, Tdhf, o nuestra aventura humanitaria.